6 de julio2012

3 Études o Reflejos

por Ben Schiek

1. Seynawiyekun

Seynawiyekun ya llegaba al pueblo ahuímal-dúe, donde iban los que habían muerto desangrados y por desmembramiento. Ya llegaba a las casillas de la muerte que se llamaba antiguamente heiséi-chi kuíbuldu estaba sobre los campos de nieve (govindua) donde esperaba Kasindúkua, jaguar transformador y abusador de poderes, habitante del tercer nivel de la noche (séinu-lang) debajo la tierra. Las montañas decían “¡mixa-mixa!” o sea ¡apúrate pues! Se escuchaba el zumbido de la avispa kiluinsa en el oído, pero no se entendía nada por la preguntadera de Kasindúkua.

“¿Por qué subiste hasta aquí? ¡Los marxistas nunca pasan!” gruñó Kasindúkua, “¡Yo soy el comelón de cuentos y no existe cuento que yo no me haya comido!”

Playa abajo se agachaban los mentones de las olas sobre sus pechos y se enrollaron dando vueltas de carnero sobre la arena. Batían, batían las olas contra las casas de la muerte (heiséi-chi kuíbuldu) flotaba en el mar hasta que llegó una ola que se paró y caminó sobre la arena sin agachar el mentón ni dar vueltas, llevaba en su regazo los cadáveres de la columna—como eran el Orfeo, el Bresnef, el Mico, el Mamerto, el Orejas—(casas de la muerte), playa arriba y selva arriba hasta pisar los campos de nieve (govindua).

Salieron los hombres invertidos, los de Jorge 40,” comenzó Seynawiyekun a contar, “los que andan patas arriba por los techos de las casas y en las ramas de los arboles donde no pisan los micos, que tienen los pisos de las casas y a las fosas comunes debajo las ramas como luna y estrellas. Nos escondimos en el mes del búho (dominio de Seokúkui), que es el mes más escondido, y no nos pudo pillar, pero después se puso la mascara de tigrillo sobre su cara y la piedra azul en su boca. Entonces nos vio y se dispuso comernos. Abrióse entonces su boca y nos comió, pero no por la boca sino por el ano. (A los antropólogos les fascina eso del ano y de la piedra azul, que es el testículo del jaguar. Les parece novedoso.)

¿Por qué dibujaste el barco en la mano de Orfeo? gruñó Kasindúkua batiendo la nieve con su garra, “¡Por qué por qué por qué!” Sus dientes (sus preguntas) ya no masticaban. Con su garra batió la nieve levantando un humo cristalino en el que se reflejaron los colores del crepúsculo.

Con la sangre que recorría los pisos de las casas dibujé el barco.

¡El niño ya estaba muerto!

Correcto. Aun así le dibuje el barco en su mano.

¡Vencidos, muertos todos! Puras vanidades tu barquito y tu susurro.

Aun así le susurré al oído que subiera en el barco para que escapara, sabiendo que no era cierto que pudiera hacerlo pues ya habíamos muerto todos desangrados y desmembrados por las manos de Jorge 40. Así que dibuje el barco en la mano de Orfeo y lo mandé a subir en él para que escapara, aunque yo sabía que ya estaba muerto y que no era cierto que hubiera subido en el barco pues solo se trataba de un dibujo. Le susurré al oído:

\_ Sube el barco que he dibujado en tu mano y escapa.

\_¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa! ¡Mixa-mixa!

Ya no se escuchaba más el ruido a causa de la preguntadera de Kasindúkua. En el cuento de Seynawiyekun se reflejó la imagen del jaguar, y en ese reflejo le rompió los dientes al jaguar comelón de cuentos. El reflejo resultó ser el verdadero, pues Jorge 40 y Kasindúkua eran el mismo, y el verdadero un reflejo del verdadero.

\*\*\*

Selva abajo Seokúkui, hijo de Gualcovang, se agachaba sobre una fila de hormigas arrieras y se abrumó. Había bajado del cielo traer la luz y el calendario a los hombres pero no tuvo éxito. Había salido al encuentro de los hombres de piel de hojarasca y había pegado su lanza contra su escudo, pero en vez del clamor que esperaba salió un sonido curioso que fue menos que el silencio: salió la llovizna sobre el mar.

Ya se acercaba el tiempo de los hombres de piel de hojarasca.

Yo baje del cielo para traer la luz y el calendario no pude volver a subir, se lamentaba Seokúkui, En mi piel están las constelaciones y en la palma de mi mano está inscrito el calendario, pero solo distingo lunares y arrugas. Mi estudio se llena de máscaras rotas y crepúsculos medio acabados.

Cuando Gualcovang dejó de cantar empezó el mundo y Seokúkui salió a ver qué pasaba.

Las estrofas de Gualcovang cayeron en pedazos que luego los hombres llamaron tucán, búho, obsidiana y coca. Ahora el trueno y la iluminación que yo habitaba llenó el cielo y sin embargo no puedo encontrar su puerta para volver a subir en ellos. Mis dedos recorren la superficie del transcurso del día sin encontrar su eje. Busco las huellas de mi llegada para retomarla y regresar a mi lugar de origen pero no las encuentro.

2. Orfeo

Orientándose por las campanas de la misa de las seis Orfeo ubicó el pueblo de P— y salió de la selva, cruzó la plaza principal y se arrodilló a la entrada de la parroquia. Sonaron las campanas de la misa de las siete, ocho y las nueve de la mañana. Ya el cura guardaba la hostia y el cáliz en su gabinete cuando se dio cuenta de que el muchacho estaba arrodillado en su puerta.

-¿Qué hace aquí,Chino? -le preguntó el cura.

-Quiero ser jesuita, - respondió Orfeo.

-Esta es una parroquia, muchacho, no un monasterio.

-Mue’tra el arzobispo. Quiero hablar con él.

-El arzobispo Juan Gerardi

-Sí, ese mismo

-Lo asesinaron hace una semana.

-Guepa.

-¿Cómo te llamas, Chino? ¿Cuántos años tienes?

Estas preguntas dejaron al muchacho sin palabras. Hasta que desesperado dijo:

- Mue’trame…mue’strame a Camilo Torres.”

Él se quedó mirando al muchacho con la boca tan entreabierta como el gabinete donde guardaba la hostia y el cáliz, como tratando de descifrar un acertijo.

-Estás alterado, Chino. Hace décadas que mataron al padre Torres.

Orfeo cruzó la plaza hacia las tabernas y las casas de mala muerte. Al final de la plaza apareció de camilo Torres.

- ¿A dónde vas mi’jo? dijo el fantasma.

- A’costarme con putas.

- Yo sí te lo vi en la cara. No sigas el impulso, mi’jo.

- Si no puedo ser jesuita entonces seré artista que es casi lo mismo.

- Cuál es tu nombre?

- ¿Qué te importa, curita?

Ya se acercaba el atardecer; ya a la vuelta de la esquina se escuchaba sonar **el** acordeón y el tambor de la parranda de vallenato del pueblo.

No es que seamos pudorosos en el cielo, dijo el fantasma de Camilo Torres, el peligro no está en acostarte con viejas sino en olvidarte de quien eres y cuál es tu misión en la vida.

Pero ya Orfeo había huido del fantasma de camilo Torres y ya estaba a media cuadra La parranda de vallenato salió a la plaza, y los cantantes, para que quedara bien, pero bien plasmada la vaina, repitieron en verso:

¡*Ay hombre! Lo llaman “realista” a quien*

*Cuenta las vainas a compás lineal*

*Imponiendo un plano euclidiano*

*Sobre la geometría ondulada de la realidad*.

*A la oscuridad verdadera el mu’acho prefirió*

*La noche disimulada, y buscaba en ella*

*Un Sócrates con tetas, pero no tan pícaro,*

*Pues prefirió esto a la vida eterna*.

Ya al lado de Orfeo se recostaba una negra larga y flaca a quien le resbalaban las filosofías del muchacho, y ante sus miradas inquietas bostezaba. Se fue la luz. Comenzó a aumentar el calor.

-Mierda, dijo la negra, Otro apagón.

Cogió un abanico del tocador y comenzó a abanicar su inmensa desnudez, que de veras era tan larga y negra como la misma noche.

Comenzó a sonar el estómago de Orfeo. En ese instante se dio cuenta de que no había comido en varios días.

-Tocador, abanico, pensaba Orfeo, muebles de la narrativa.

- ¿’Tás llorando?, le preguntó la negra.

Bajó a la plaza central. Allí estaba el niño sordomudo vendiendo saltamontes hechos de palma. No hablaba. Solo miraba a Orfeo, y de Orfeo al carrito de hamburguesas. Orfeo se acercó al carrito a pedir. El señor de las hamburguesas hablaba de fútbol con el taxista del pueblo, que a su vez escuchaba vallenatos a todo volumen en el radio del taxi.

-Una hamburguesa, dijo Orfeo.

El señor colocó la hamburguesa en la sartén

-Slassssssssss, fue el ruido de la carne cuando tocó la sartén caliente, como si hubiera sido lanzada al mar.

El niño sordomudo se quedó mirando al carrito de hamburguesas. Orfeo le acercó y cogió un saltamontes de su bandeja de cartón.

-Otra hamburguesa para el sardino,”- le dijo al señor de las hamburguesas, contemplando el saltamontes sobre la palma de su mano- Entonces se escuchaba en el radio noticias de unos fuertes enfrentamientos entre una columna Elena y el bloque Tayrona de las A.U.C.

-Aniquilaron a la columna,- murmuraron los labios de Orfeo.

-Slasssssssss, volvió a sonar la carne, como cuando la lanzan al mar.

Ya comenzaba el alboroto. Las copas de los árboles ponían al cielo como cacique que se pone corona de plumas. En las ramas arriba se escuchaban los canarios, tucanes y maría mulatas, y también se escuchaba el zumbido de un colibrí. Debajo, había otros sonidos de esos que son menos que el silencio: la venta de tinto, el pulir de zapatos y el abrir, desdoblar y doblar de nuevo de las ediciones matinales. Estaban los hombres de la alcaldía, mezclando el olor de orquídeas y humedales con el de su pomada y brillantina.

- Van a construir un puente…

- … ¿y cuánto es el contrato?

- …setenta…

- ¿millones de pesos…?

- ¿Cuánto?

- ¿Que los gringos van a pavimentar la carretera…?

- …doscientos millones…

- …digo, la ONU…”

- ¿…y el contrato cuánto…?

- ¿…cien millones…?

-¡Upa!

-¿…que van a reubicar a doscientos familias…?

-…digo, que el GTZ…

-…doscientos cincuenta…

-…y ¿cuánto vale?

- mil millones…

Orfeo los divisaba en su entresueño desde las escaleras de la iglesia donde moraba. Ya moría de sífilis y solo le quedaba un aliento. En su último delirio buhos de obsidiana y tucanes con alas de coca volaban por su imaginación, y “voy ordenando las estrofas de Gualcovang, pensaba el muchacho, consciente de que no tenía sentido en el presente contexto. Presentía sin embargo que le acercaba el meta-contexto que pondría todo esto su lugar. Sentía el sonido de unos pasos que se acercaban por la nieve.

Salió el cura a barrer las escaleras.

-¡Chino!

El cura cogió la mano de Orfeo y lo sacudió. Allí se dio cuenta de que tenía el dibujo del barco en el envés de la mano.

-¿Y ese barco qué significa?

Orfeo abría su boca para responder, pero el sonido que se le dibujaba en los labios fue el estallar de las cargas de pentolita en la alcaldía al otro lado de la plaza. Pues esa fue la misión de Orfeo allí en P—, la de mandar a volar a esa cueva de ladrones hijueputas.

Al final de la plaza apareció la fantasma de Orfeo.

- Jalal-ud-Din, dijo el fantasma de Camilo Torres al fantasma de Orfeo, familia Naser de Mompox.

- Correcto. Ese era mi nombre, pero en la guerrilla uno cobra otra vida, y el otro que eras queda como fantasma.

- El reflejo muchas veces resulta ser la realidad, y la realidad un reflejo de la…